

WILKIE, James W.: *The Mexican Revolution — Federal Expenditure and Social Change Since 1910*, Berkeley and Los Angeles, University of California Press, 1970.

WOLLENBERG, Charles: "Tierra y producción — Agrarian Reform and the Mexican Revolution — 1940-1964", inédito, 1967.

WOOSTER, Julia L. y BAUER, Walter: "Agricultural Credit in Mexico", en *Farm Credit Administration Bulletin*, CR-4 (noviembre, 1943).

WYLIE, Kathryn H.: "Land, Credit and Irrigation Policy in Mexico", en *Foreign Agriculture*, 10 (octubre, 1946), pp. 138-146.

YÁÑEZ PÉREZ, Luis: *Mecanización de la agricultura mexicana*, México, 1957.

YATES, Paul Lamartine: *El desarrollo regional de México*, México, Banco de México, 1961.

Este estudio del desarrollo económico regional de México saca la conclusión de que no ha sido equilibrado en todas las regiones ya que el Norte ha recibido la mayoría del crédito.

YUDELMAN, Montague: *El desarrollo agrícola en América Latina*, México, Centro de Estudios Monetarios Latinoamericanos, 1967.

La primera parte relata el rápido incremento de la producción agrícola de México, y la segunda de la ayuda que otorga el Banco Internacional de Desarrollo a los agricultores de ingreso bajo.

ZAMORA CORTÉS, María de Lourdes: "El financiamiento de la producción agrícola en México", Tesis, 1970.

ZIMMERMAN, Jorge: "Tasas de interés, fundamento del crédito rural", en *Curso internacional de crédito agrícola*, Ed. mimeográfica, Proyecto 201, OEA, México, 1962.

Luis GONZÁLEZ: *La tierra donde estamos — 30 años del Banco de Zamora*, presentación por Daniel Cosío Villegas, México, Banco de Zamora, S. A., 1971, 266 pp., ilus., mapas.

El propósito de una reseña bibliográfica es dar noticia, más o menos oportuna, de la aparición de un libro. Con ánimo de rebe-

larme frente a las costumbres establecidas, me he propuesto hacer esta breve nota a propósito no de la salida a luz sino de la desaparición de *La tierra donde estamos*. No se trata de que haya sido puesta en el índice, o quemada por la inquisición, o recogida por subversiva, o perdida en un naufragio, como ha sucedido con tantas obras. A pesar de su respetable tirada de 3 000 ejemplares, nunca llegó a las librerías. Se trata, en fin, de una edición privada, pero que no por serlo se repartió entre bibliófilos, especialistas, historiadores o suscriptores de alguno de esos clubes del libro. Su editor, el Banco de Zamora, que lo patrocinó para celebrar sus 30 años de vida, lo repartió seguramente entre sus funcionarios y mejores clientes. Así, estará bien guardado o expuesto como una pequeña joya (y ciertamente lo es) en las casas de renombrados banqueros, agricultores, industriales y comerciantes. Pero el investigador y el serio aficionado a la historia deben conocerlo. Ya conocen con toda seguridad a su autor por su *Pueblo en vilo* y otras obras. En este nuevo libro empieza con un prólogo tímido. Dice haberlo hecho contra reloj y teme que resulte una hazaña leerlo de un tirón. Agrega que escribirlo fue tanto como apartarse de su costumbre y competencia. Se refiere tal vez a que, a petición del Banco, tuvo que incorporar al cuerpo de la obra, que es fundamentalmente una historia social y económica del Occidente de México, amplias noticias sobre el desarrollo de las instituciones bancarias y el propio Banco de Zamora en particular. Se refiere también, me imagino, a que la división de su texto en capítulos, cada uno dedicado a una región, tuvo necesariamente que limitarse o extenderse a describir las regiones y las plazas en que el Banco tiene sucursales y no precisamente las que él, como historiador, hubiera escogido. Diría yo más bien que el autor se apartó de su costumbre, pero no tanto de su competencia. También dice que fue una travesura el escribirlo; más que escribirlo, el moldear, como él dice, "un cuerpo que admite los nombres de silva de varia lección, mosaico, chilaquile, poligrafía y geohistoria". Y ya con más optimismo reconoce que algo agrega a la reconstrucción histórica de algunos sitios de los cinco estados del Occidente, y que mientras no haya buenos diccionarios de historia y geografía puede servir como libro de referencia. En efecto, *La tierra donde estamos* es un manual amenísimo de historia y geografía, con toda una gama de datos y observaciones que van de la escueta y precisa información estadística (demográfica, económica y cronológica) a la fina y penetrante delineación del modo de ser y de vivir de los paisanos de Jalisco, Nayarit, Michoacán, Colima

y Guanajuato. No falta la descripción de la geografía física ni la reseña de los acontecimientos más relevantes. No se trata, por otra parte, de una compilación erudita, en el sentido estricto de la palabra, pero hay referencias bibliográficas oportunas y muy concretas que permiten al lector encontrar las fuentes de una información más amplia. Luis González ataca a su objeto de estudio desde tres frentes. El primero es el más general. Se le encuentra a la vanguardia y a la retaguardia del libro, primero con un capítulo "México 40" y al final con una extensa "Teoría del Occidente". El libro se inicia con "México 40" por dos razones: porque es celebración de un banco fundado en ese año y también porque "es parteaguas de la historia de México; significa un cambio histórico de envergadura; abre un nuevo capítulo de la vida nacional" (p. 16). Se refiere el autor a los cambios en la educación y el arte, el nacimiento de un nuevo estilo político, la reforma agraria, la política de desarrollo. "México 40" permite anticipar que, al hablar de cada región en particular, Luis González se dedicará con más ahínco a hacer su historia contemporánea y no tanto la antigua, colonial o moderna. La "Teoría del Occidente" es algo más complejo. La heterogeneidad geográfica y el reparto injusto de la riqueza dan por resultado un Occidente fragmentado física y socialmente. Parece algo exagerado, sin embargo, que "a la heterogeneidad del suelo y riqueza no corresponde una heterogeneidad en el estilo de vida humana" (p. 175), y que "desde hace diez o más siglos los occidentales han compartido en cada época de su historia un sólo estilo cultural" (pp. 175-176). Pero ésta es la parte más subjetiva del libro, y hay que reconocer en Luis González una gran capacidad para ensartar observaciones sobre las experiencias históricas, las costumbres y las mentalidades de un pueblo "en el collar de una explicación coherente y seductora", como dice Daniel Cosío Villegas en el prólogo que hizo del libro. Como quiera, "los adjetivos no definen nada ni a nadie", concluye Luis González: "El ser del oeste nuestro no es básicamente distinto al ser de ningún otro oeste, ni este, ni norte, ni sur. No hay un ser exclusivo llamado sociedad mexicana occidental. Existe una sociedad mexicana occidental a la que identificamos por algunas señas particulares que modifican mínimamente el ser de esa sociedad. Nadie es el lunar que lo identifica; el occidente no es únicamente su fama, como es público y notorio" (p. 180). El segundo frente de ataque es el regional y se aplica a ocho unidades: los términos de Zamora, los valles gemelos de Morelia y Zacapu, la Meseta Tarasca,

la Tierra Caliente, Colima, la región Tapatía, el Bajío Guanajuatense, Nayarit. La descripción regional es más completa y minuciosa, tanto en lo geográfico como en lo histórico, que empieza por hacer referencias al pasado más remoto —inclusive hay observaciones de tipo geológico— para ir poco a poco mostrando el desenvolvimiento de la región hasta el presente. Finalmente un método descriptivo muy similar, pero desde luego mucho más minucioso todavía, es el que sirve para acercarse al estudio estrictamente local. En este tercer frente las localidades por historiar son veintisiete. Tal vez convenga aquí entresacar algunos párrafos como botón de muestra del contenido. ¿Qué se dice por ejemplo de Celaya?, “o quizá Zalaya, término del idioma vascuence que quiere decir tierra llana, aunque la del municipio celayense (579 kilómetros cuadrados de superficie) no es toda horizontal por culpa de algunos cerros. Según el cronista Basalenque «el temple de la villa es bueno aunque tira más a caliente que a frío». Desde hace siglos las lluvias son veraniegas y su volumen anual es de 594 mm. La zona cae en la cuenca del río Laja que cuando no llueve no lleva agua. El riego permanente de las tierras se ha conseguido a fuerza de presas, proezas, y pozos. El manto freático se localiza a 8 metros de profundidad, y por lo mismo, cualquiera puede hacerse su noria. Todavía en tiempos de Basalenque, hacia 1650, la planicie de Celaya era un vasto mezquital interrumpido aquí y allá por sementeras de maíz y trigo...” (p. 146). Y ya entrando en historia, Colima, por ejemplo, “brotó próxima a Tecomán, y por razones de salud, fue trasplantada. En 1554 se le puso [de nombre] Santiago de los Caballeros y quedó al cuidado de los frailes de San Francisco. Por eso la visita de fray Alonso Ponce en 1586, quien la encontró reducida a 70 vecinos españoles que vivían de muchos cacahuatales y de muchas estancias de ganado mayor. Las granjerías de los indios, que moraban a un cuarto de legua, eran maíz, algodón, plátanos y cocos. A comienzos del siglo XVII tuvo un convento de mercedarios y un hospital de juaninos, pero la Colima española y colonial nunca fue populosa” (p. 110). Guadaluajara, en cambio, “hacia 1600 era todavía un pueblo en funciones de gran ciudad, habitado por unas 1 300 personas, con 80 casas de españoles, todas de adobe, grises y sin jardín. Y sin embargo las calles eran anchas y a cordel. Había «casas reales» para los oidores, catedral recién dedicada, palacio municipal, convento de Santo Domingo, San Francisco, San Agustín, Nuestra Señora de la Merced y la Compañía de Jesús, monasterio de monjas y hospital de po-

bres. Empezó a estirarse de verdad cuando el lego Pedro Antonio Buzeta, sin hacer caso a las burlas de los vecinos, le inyectó agua de Los Colonos" (pp. 122-123). ¿Y Zamora? "Como buenos criollos, los de Zamora recibieron con grandes demostraciones de júbilo al cura de Dolores, y éste les elevó la villa a la categoría de ciudad, la que en ocho años de refriega entre realistas e insurgentes quedó achacosa, medio muerta y triste. Con todo, en 1825 fue honrada con el cargo de capital del departamento michoacano del Poniente, y poco después la crema de su vecindario quiso convertirla en capital de un estado aparte" (p. 21). A propósito de Tepic bien vale citar lo que se dice en la introducción al estudio de la región en que está. "Pasada la independencia aquello se convirtió en jauja de comerciantes tabacaleros. El puerto de San Blas se llenó de bajeles y de animación. Todo iba viento en popa cuando el Tuerto Lozada, al frente de una gavilla refaccionada por los contrabandistas ingleses Barrón y Forbes, empezó a saquear haciendas en 1853..." (p. 155). A Uruapan, "la derrota de los partidos conservador e imperialista le devolvieron una cierta paz, que ya no toda la suya. La dictadura porfiriana le puso en el camino nada pacífico del progreso. Dobló su población en tiempo de Juárez y volvió a doblarla en tiempo de don Porfirio. En 1910 los pobladores de la ya activa ciudad eran 13 149. Llegaron de casi nada a tantos porque en 1887 estrenó fábrica de hilados y tejidos; en 1889, tuvo tren, y casi enseguida energía eléctrica y una empacadora de carnes" (p. 74). Por ese año de 1810 en la loada San José de Gracia "vivían 980 personas. De 1912 a 1942 el pueblo se detuvo, retrocedió y pasó las de Caín. Durante la década violenta de la revolución se le quemó dos veces y se le saqueó muchas más. Luego vino la rebelión de los lugareños bajo la bandera de la cristiada y la orden oficial de vaciar el pueblo y entregarlo otra vez a la lumbré. A partir de 1931 comenzó la lucha agraria entre propietarios y campesinos sin tierra" (p. 47). Mientras, "en tiempos de la revolución airada, Morelia se vuelve un lugar muy codiciado por militares y políticos. Entrada de Salvador Escalante; subida y caída de seis gobernadores en un año y tres meses; lucha de partidos y triunfo del silvista, suben y caen de 1913 a 1914 tres gobiernos militares; entran los felicistas, entra Gertrudis Sánchez, entran los villistas, entran los carrancistas" (p. 61). Hoy día, el avance económico es lo más notorio: "La explotación de animales es el mejor soporte de la economía pietense [es decir, de La Piedad]; las industrias de alimento para ganado, de sopa y rebozos y de

empaques de carne de cerdo, son otra buena fuente de ingresos. También el comercio cuenta. Los numerosos y raudos autotransportes de La Piedad Cabadas se encargan de proporcionar clientela" (pp. 40-41). Tepalcatepec, en fin, "tiene más de 60 000 vacunos criollos cruzados de cebú. Vende al año unas diez mil reses y unas 250 toneladas de queso cotija. No ha resuelto los problemas de la sequía y las epizootias. Éstas se llaman piojo, mal de paleta, ramilla y derriengue. Desde que se construyó la presa de Los Olivos en 1961, la agricultura conoce un auge nunca visto" (p. 97). Agréguese a esta ensalada una bien ordenada porción de datos sobre Sahuayo, Yurécuaro, Jiquilpan, Tecomán, Puerto Vallarta, Los Reyes, Zacapu, Jacona, Apatzingán, Villa de Álvarez, Irapuato, Tangancicuaro, Cotija, Nueva Italia, Santa Ana Pacueco y Tanhuato.

Sugiero a Luis González que haga reaparecer su libro, ya no para regodeo de los clientes del banco sino para el de maestros, investigadores y viajeros, que lo sabrán apreciar. Yo haría las siguientes modificaciones:

1. Sacaría los párrafos dedicados al Banco de Zamora, cosa bien sencilla de hacer y que no afectaría en nada al resto del trabajo, pues la mayoría están al final de cada capítulo o subcapítulo dedicado a una región o localidad.

2. Pondría el capítulo sobre Zamora no al principio, como se hizo en atención al Banco patrocinador, sino en el lugar donde se habla de otros lugares de su región.

3. Suprimiría tal vez los subcapítulos dedicados a uno o dos lugares no muy relevantes (incluidos porque el Banco tiene sucursales en ellos) o bien los conservaría como representativos de localidades pequeñas, pero agregando otros breves subcapítulos sobre otros pueblos pequeños y típicos.

4. Agregaría desde luego —y ésta sería la parte más laboriosa— unas páginas para cada uno de estos lugares, cuya exclusión ya no se justificaría: Salamanca, Silao, León, Valle de Santiago, Salvatierra, Acámbaro, Puruándiro, Pátzcuaro, Atotonilco el Alto, Ocotlán, Tamazula, Ciudad Guzmán, Ameca, Autlán y algún otro. Si el trabajo me resultara excesivo, quitaría todas las poblaciones guanajuatenses y nayaritas, pero no dejaría perder el material sobre Jalisco, Colima y Michoacán.

5. Revisaría ilustraciones y cambiaría muchas a propósito para la nueva versión.

6. Y finalmente daría un retoque ligero, acaso un cambio de lugar, a los párrafos iniciales y finales del libro, cambiando tam-

bién el título, *La tierra donde estamos*, porque ya no “estaríamos” necesariamente ahí.

Bernardo GARCÍA MARTÍNEZ
El Colegio de México

Dos artículos sobre alcaldías mayores en el *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas*, 9 (1972).

En 1958 *Historia Mexicana* publicó en su sección de Testimonios, con el título de “Alcaldías y corregimientos en el México de 1777”, una información recogida por la doctora Isabel Gutiérrez del Arroyo de un manuscrito de la New York Public Library MS. Division, a la que hizo este comentario: “Los pretendientes a cargos lucrativos en las Indias no podían soñar con un *Baedecker* más oportuno que el que escribió para ellos este anónimo y experto personaje.”

Gracias a la aparición reciente de la segunda edición del libro del doctor Silvio Zavala, *Las instituciones jurídicas en la conquista de América* (1a. ed., Madrid, 1935), México, Porrúa, 1971, ahora es fácil averiguar que, desde su introducción en el Nuevo Mundo, los puestos de alcaldes mayores y corregidores fueron empleos de “aprovechamiento”, característica a la que apunta la doctora Gutiérrez del Arroyo con su irónico comentario.

El doctor Zavala escribe sobre alcaldías y corregimientos en el capítulo XVII, “Los premios finales”, de su libro. Sobre su establecimiento, cuando se configuró el gobierno del virreinato en el siglo XVI, dice este autor: “Los oficios de la burocracia real constituyeron un último renglón de premios muy estimados por los conquistadores que habían quedado sin encomiendas...” “Los soldados y pobladores nutrieron principalmente el ramo de gobierno, desempeñando las alcaldías y los corregimientos. Estos puestos, por ser del escalafón inferior, estaban en contacto más directo con los indios, y sus beneficiarios casi siempre neutralizaron los intentos protectores de la Corona y de las autoridades superiores.”

Una aportación también reciente a este importante asunto del gobierno provincial de la Nueva España lo proporciona Luis Navarro García en su obra *Don José de Gálvez y la Comandancia de las Provincias Internas del Norte de Nueva España*, Sevilla, Con-